
EL NOMBRE
QUE OLVIDÉ

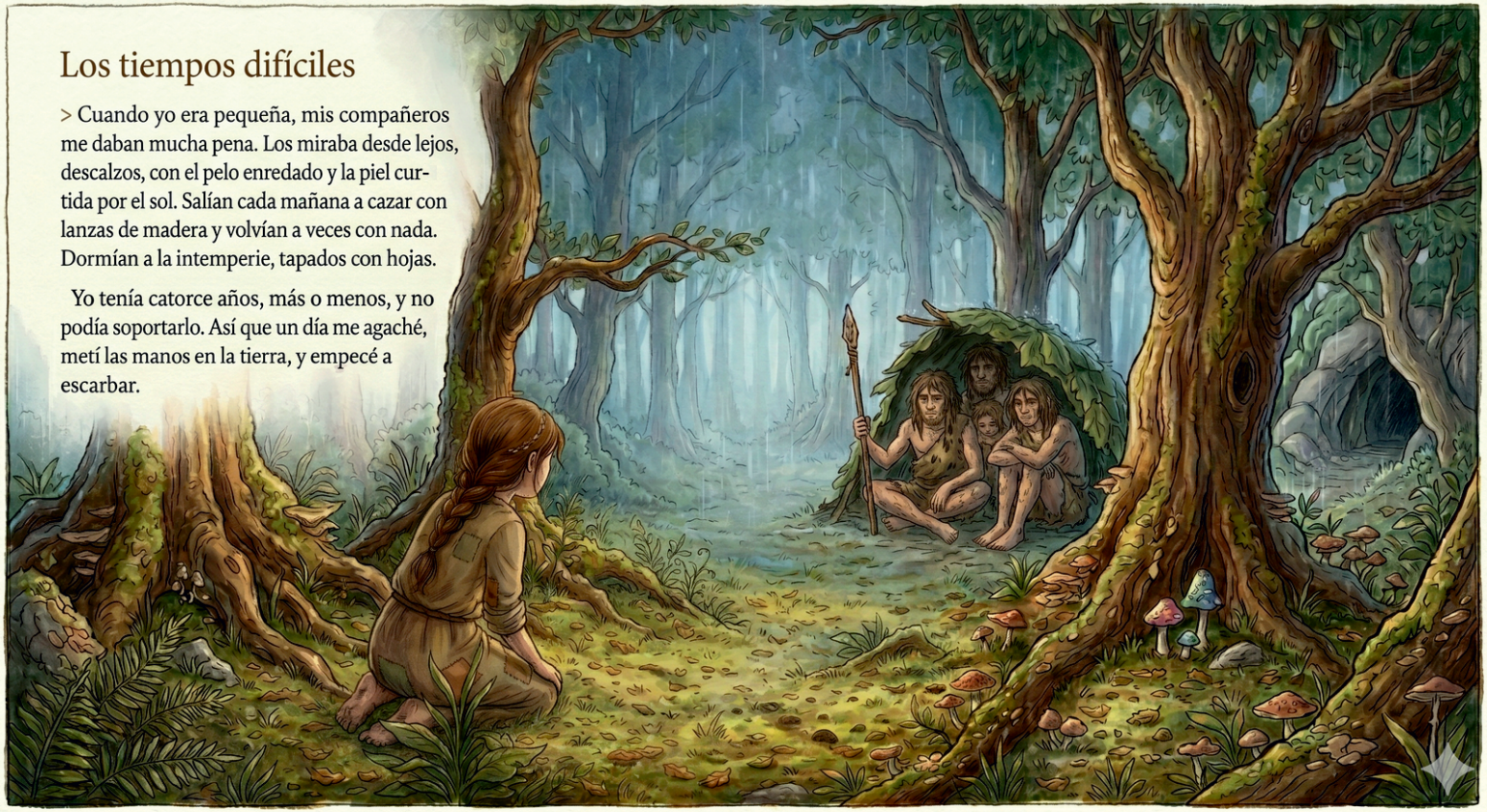
A mis nietos:
Andrea, Diego, Lola,
Leo, Martina y Jimena.



# Los tiempos difíciles

> Cuando yo era pequeña, mis compañeros me daban mucha pena. Los miraba desde lejos, descalzos, con el pelo enredado y la piel curtida por el sol. Salían cada mañana a cazar con lanzas de madera y volvían a veces con nada. Dormían a la intemperie, tapados con hojas.

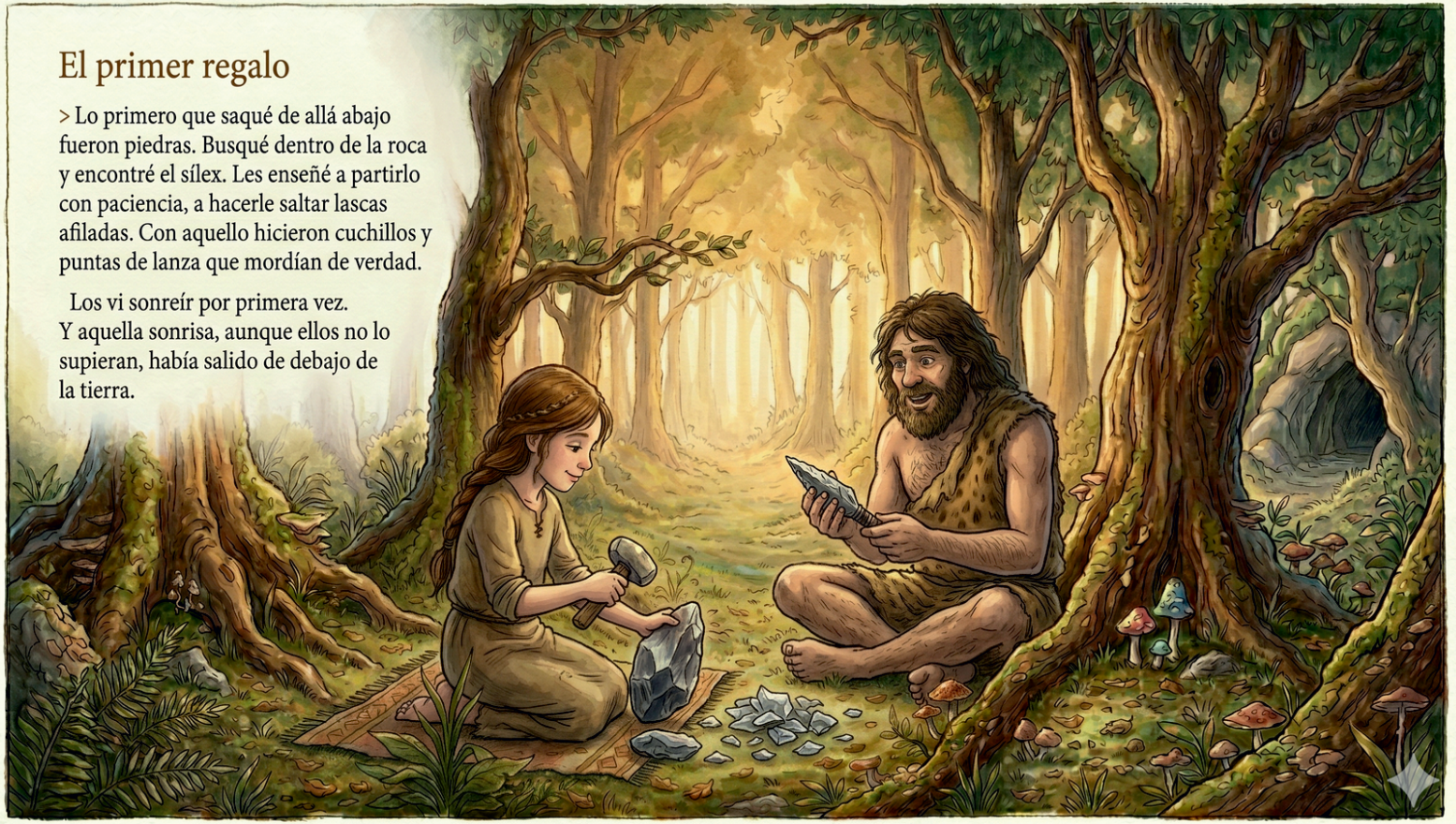
Yo tenía catorce años, más o menos, y no podía soportarlo. Así que un día me agaché, metí las manos en la tierra, y empecé a escarbar.



## El primer regalo

> Lo primero que saqué de allá abajo fueron piedras. Busqué dentro de la roca y encontré el sílex. Les enseñé a partirlo con paciencia, a hacerle saltar lascas afiladas. Con aquello hicieron cuchillos y puntas de lanza que mordían de verdad.

Los vi sonreír por primera vez. Y aquella sonrisa, aunque ellos no lo supieran, había salido de debajo de la tierra.



## Un hogar y una chispa

> Después les enseñé el barro. Les mostré que en el suelo, si rascabas un poco, había una tierra grasa que se podía amasar con agua y paja, y que, secada al sol, se convertía en ladrillos. Las primeras chozas eran torcidas y se caían con el viento, pero ellos no se rendían. Aprendieron a hacer adobe, a apilar piedra sobre piedra, a inventar un techo. Aquella noche, cuando se metieron por primera vez bajo un tejado de verdad, los oí reír. Reír. Como niños. Eran niños, en realidad. Y su casa, aunque ellos no lo supieran, también había salido de debajo de la tierra.

Les regalé el fuego, también.

Bueno, el fuego ya lo conocían: lo robaban de los rayos y lo cuidaban como un tesoro, soplándolo día y noche por miedo a que se apagara. Lo que yo les di fue la manera de hacerlo nacer cuando ellos quisieran. Dos piedras escogidas con cuidado, pirita y sílex, un poco de paja seca, paciencia. Cuando vieron la primera chispa saltar de sus propias manos, se quedaron mudos. Creo que ese día empezaron a creer que el mundo podía obedecerles. Y aquella chispa, aunque ellos no lo supieran, también había salido de debajo de la tierra.



## La era de los metales

Les enseñé a mirar las rocas con otros ojos.
A ver que algunas pesaban más que otras,
que algunas tenían vetas verdes, o rojizas,
o brillantes.

Les enseñé a cavar. A meterse en la oscuridad
de la montaña con una antorcha y un pico,
y a sacar de allí piedras que no parecían piedras.
Primero el cobre, blandito, fácil de trabajar,
brillante como un pequeño sol
escondido en la roca.
Después el estaño, que mezclado con el
cobre hacía el bronce, más duro, más serio.
Y por último el hierro, que les costó tanto
domar pero que les cambió la vida para
siempre.
Sus lanzas dejaron de romperse.
Sus arados rasgaron la tierra,
y la tierra, agradecida, les devolvió trigo.
Empezaron a comer sin tener que
correr detrás de la cena.
Desde aquel día, cada vez que necesitaron
algo, supieron dónde buscarlo:
debajo. Siempre debajo.



# El nacimiento de las ciudades

> Les enseñé a sacar sal de las minas,
y entonces la comida dejó de pudrirse.

Les enseñé a buscar oro y plata,
y entonces inventaron las monedas,
y con las monedas el comercio, y con
el comercio se conocieron unos a otros.

Les enseñé a extraer arcilla blanca y
a cocerla, y nació la cerámica, y los
platos, y las tinajas para el aceite y el vino.

Les enseñé a sacar piedra caliza y a
quemarla, y nació el cemento,
y con el cemento levantaron
acueductos, puentes y ciudades
enteras.

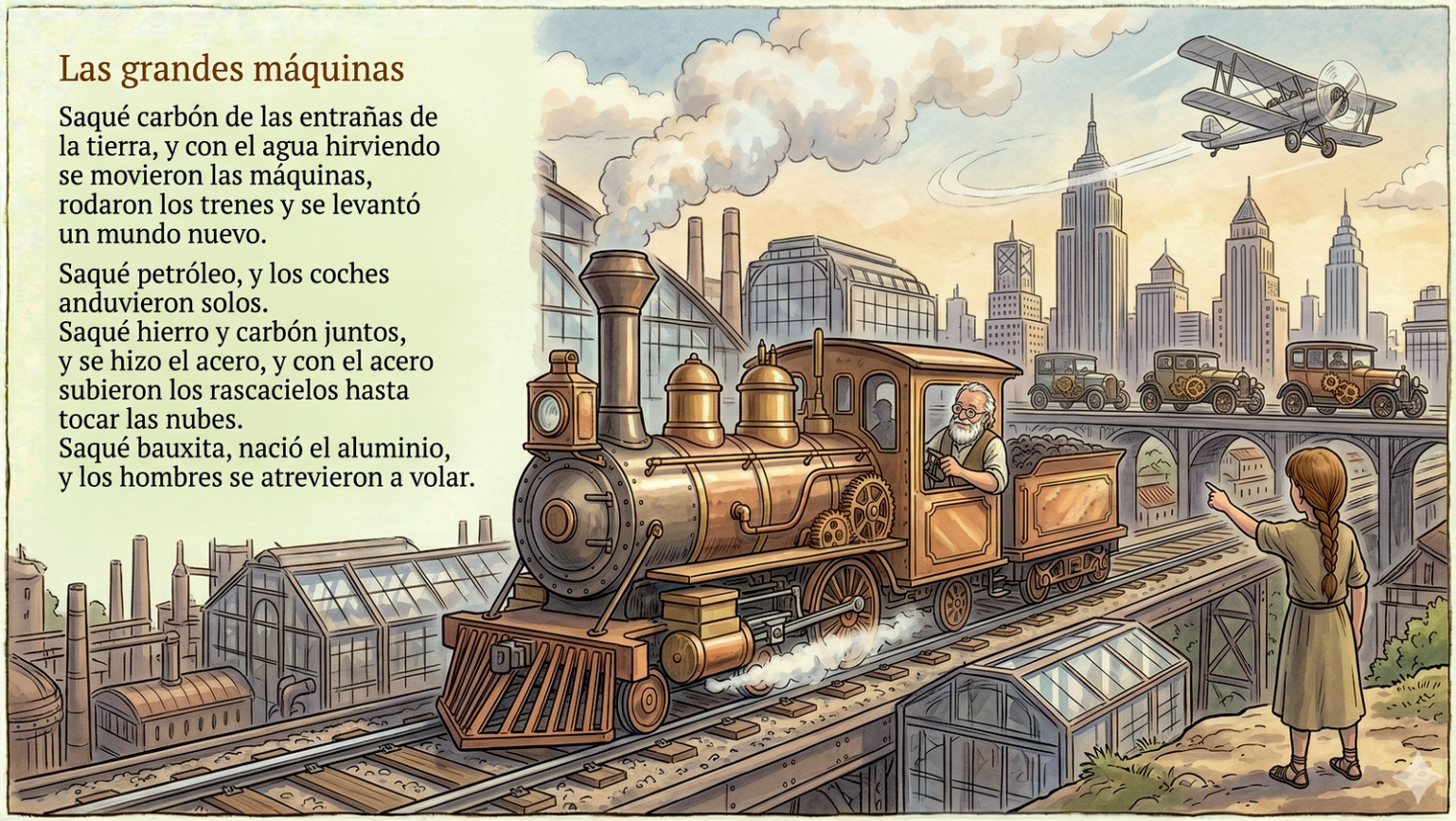
Les enseñé a fundir arena, y nació el
vidrio, y con el vidrio las ventanas,
las copas, y un día también las lentes
que devolvieron la vista a los viejos.



## Las grandes máquinas

Saqué carbón de las entrañas de
la tierra, y con el agua hirviendo
se movieron las máquinas,
rodaron los trenes y se levantó
un mundo nuevo.

Saqué petróleo, y los coches
anduvieron solos.
Saqué hierro y carbón juntos,
y se hizo el acero, y con el acero
subieron los rascacielos hasta
tocar las nubes.
Saqué bauxita, nació el aluminio,
y los hombres se atrevieron a volar.



# La tierra que cura

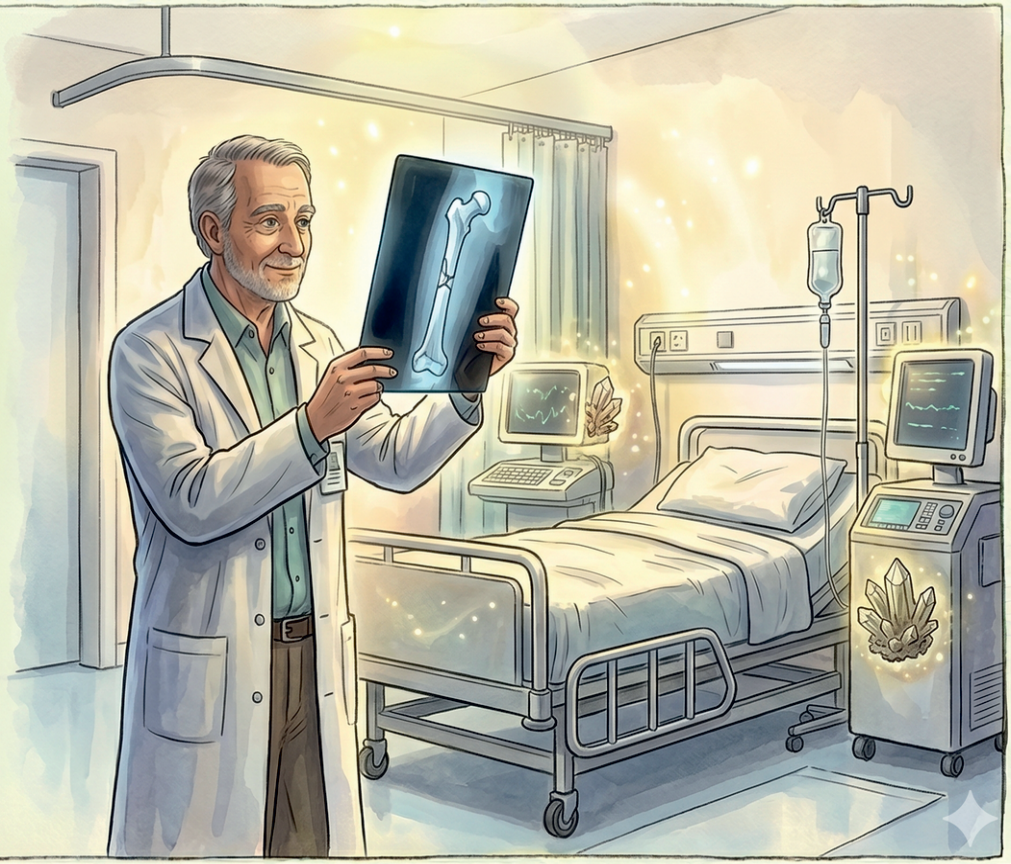
> Y un día les enseñé que la tierra también curaba.

Saqué yodo para limpiar las heridas y sal de litio para calmar las tormentas de la cabeza.

Saqué calcio para los huesos rotos, hierro para la sangre cansada y una luz invisible llamada rayos X para ver los huesos sin cortar la carne.

Saqué titanio para fabricar caderas nuevas y platino para pelear contra las enfermedades.

Levanté hospitales enteros con el hierro de sus camas y el vidrio de sus ampollas. La tierra también empezó a salvarles la vida.

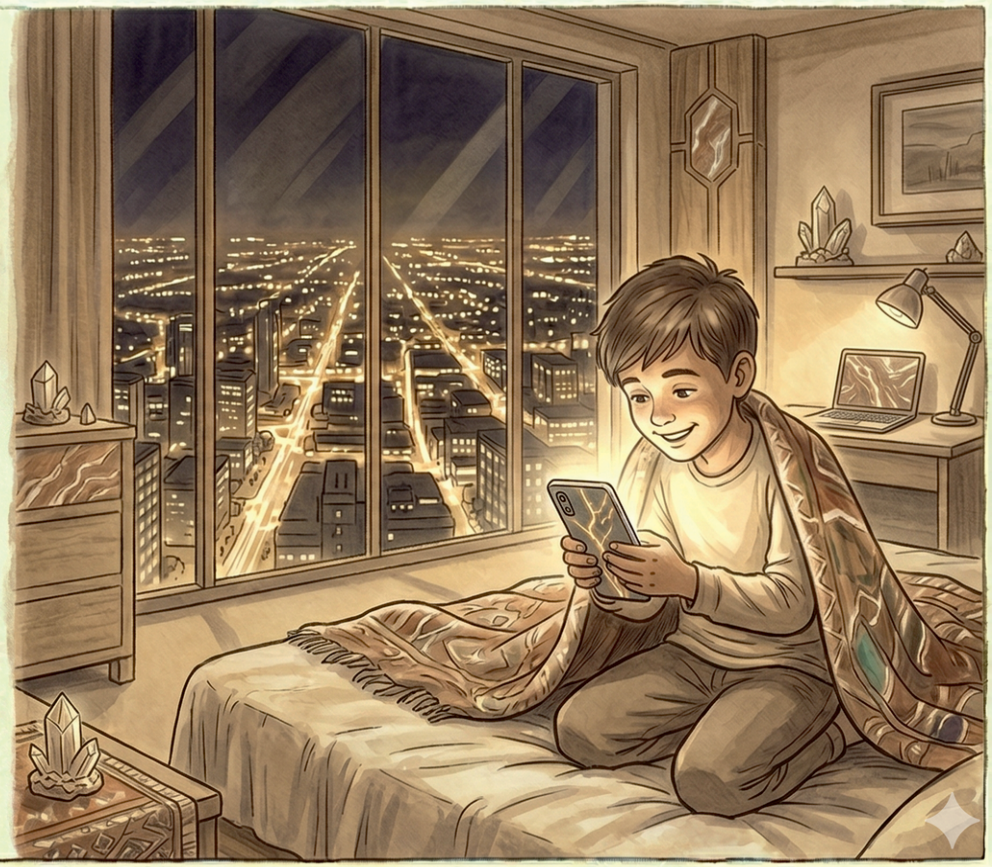


## La magia de lo invisible

Y cuando creyeron que ya lo tenían todo, les quedaba lo más asombroso.

Saqué cobre fino para que corriera la electricidad y encender la noche.
Saqué silicio de la arena, y dentro de él metí los pensamientos de unas máquinas llamadas ordenadores.

Saqué litio, cobalto y tierras raras, y los metí dentro de unas cajitas brillantes con las que ahora hablan, leen, ríen y se enamoran sin moverse de la silla.



## El olvido

Pasaron los años. Yo seguía allí,
con las manos sucias,
dándoles cosas que sacaba de
la tierra.

Una tarde me senté en un
banco a mirarlos.
Iban y venían deprisa, con los
ojos en sus pequeñas cajas
brillantes, sin verme.

Sin saber que cada cosa que
tocaban (el banco de hierro, el
cristal de las gafas, el cemento
de la acera, el silicio del móvil)
había salido un día de debajo de
sus pies.
Y entonces se me olvidó mi
nombre.



## El nombre recordado

Lo busqué en mis recuerdos,
entre las cosas que les había
regalado, pero ninguna me lo
devolvía.

Al final, casi sin querer, miré
hacia abajo. Hacia la tierra.

Y allí, escrito en el polvo,
en la roca, en la veta,
en el carbón, en la chispa
del sílex y en el
corazón de cada montaña,
encontré mi nombre.
Lo leí en voz baja, despacio,
como quien reconoce a una
vieja amiga.

Y mi nombre era Minería.



# Dedicatoria del autor

Este cuento ha sido escrito por **Juan López-Escobar Fernández** con todo mi cariño y dedicación.

Se lo dedico especialmente a mis nietos, que son mi mayor inspiración y la razón por la que sigo creyendo en un futuro lleno de curiosidad, aprendizaje y valores.

También quiero aprovechar estas páginas para recordar algo que ha formado parte de mi vida y de la historia de muchas personas: la minería.

Una actividad que, bien comprendida y respetada, nos enseña la importancia del esfuerzo, del trabajo en equipo y de cómo los recursos de la Tierra han contribuido al desarrollo de nuestra sociedad.

Mi deseo es que este cuento no solo entretenga, sino que también ayude a que, desde pequeños, todos podamos aprender a valorar mejor el mundo que nos rodea y las profesiones que lo han hecho posible.

*Con todo mi cariño,*
*Juan López-Escobar Fernández.*

